

Cuestiones sobre la paternidad responsable de los cónyuges según la naturaleza y la moral

Por Göran Fäldt

Presidente de la Comisión para el matrimonio y la familia.
Diácono permanente casado

Cuestiones sobre la paternidad responsable de los cónyuges según la ley natural y la moral

Introducción

Es muy importante que el hombre y la mujer *ante* su matrimonio estén de acuerdo en su comprensión del significado y propósito de la sexualidad. Cuando ya se han casado y comenzado su vida sexual común, se dan cuenta pronto de que ciertas cuestiones son difíciles y nuevas para ellos. Si ya era importante estar de acuerdo, en principio, sobre la ética matrimonial cristiana *antes* del inicio del matrimonio, será aún más importante que *durante el primer año del matrimonio* puedan conversar con fidelidad y respeto sobre los nuevos temas que aparecen al experimentar la vida en común.

Durante el periodo de preparación es fácil decir “fanfarronadas” sobre la absoluta exigencia de fidelidad e indisolución del matrimonio. La futura pareja y el sacerdote o diácono responsable de las charlas prematrimoniales pueden estar de acuerdo en el modo de ver el matrimonio, pero sin embargo no ver los factores determinantes que llevan a los cónyuges a una unión humana y espiritual en profundidad. No es siempre seguro que ayude el hecho de que ambos sean verdaderos creyentes ni el que ambos crean del mismo modo al principio. Por lo tanto mucho va a depender de las cualidades humanas. Sin embargo sí es siempre seguro que el Creador mismo a través de su amor apoye a la pareja y deje que su bendición se pose sobre ellos como un techo protector sobre su futuro hogar.

Cuando uno, con la esperanza de tener un matrimonio feliz y exitoso, se adentra en la realidad resulta que ésta es diferente. La vida en común supone vivienda, ingresos, continua relación con los padres y hermanos, viejos y nuevos amigos, compañeros de trabajo, jefes y toda la logística diaria. Entonces con el

tiempo se manifiesta sensiblemente la otra cara de la pareja. El resultado de la educación recibida en casa se refleja, en general, como buenos recursos comunes y en casos aislados como “peculiaridades” inaceptables.

La pareja bien preparada puede manejar tales experiencias y sentir que empiezan a crecer juntos. La pareja más naiv y superentusiasta que creía ciegamente en las fuerzas del enamoramiento pueden quizás por el contrario pasar por un purgatorio de pequeños y grandes problemas. Por esta razón un verdadero periodo de noviazgo es mejor – y más valioso para los bautizados – que la vida en común antes del matrimonio que a menudo pierde las nociones *del significado y el propósito de la sexualidad cristiana*.

Aquí entran en juego también las tradiciones culturales. En algunos casos la tradición adquirida en casa prohíbe cualquier forma de vida en común antes del matrimonio. En otros casos los padres no ven ningún impedimento en que sus hijos “prueben” el matrimonio antes de casarse. La Iglesia habla de la importancia de “descubrir la vocación” y de probar la autenticidad de la llamada, no las relaciones prematrimoniales. La historia de los santos muestran que un cierto bagaje dado no es condición para todos los buenos y cristianos matrimonios. ¡Con Dios todo es posible!

¿Qué hacer para que las relaciones funcionen?

La primera y más importante tarea común de la nueva pareja es descubrir cómo las relaciones humanas entre ellos van a funcionar en armonía. Después del tiempo de noviazgo la pareja conoce esto mejor y sacan un buen provecho del concreto conocimiento que han adquirido de cada uno. Empiezan a acoplarse.

Aunque la pareja en su primer tiempo de vida en común experimenta un fuerte enamoramiento, no están acostumbrados al *comportamiento diario de cada uno las 24 horas del día*. Nunca han estado tan cerca uno del otro ni han compartido las tareas prácticas. No han tenido tampoco una economía conjunta. Si los dos tienen ingresos al casarse, es fácil que suceda que continúen con dos economías paralelas en la que cada uno decida sobre ellas de forma independiente. Pero la unidad en el matrimonio y la responsabilidad común se hace más evidente con una *economía conjunta*, independientemente de con lo que cada uno contribuya. Estar de acuerdo en la estrategia de los gastos puede ser difícil y dar origen a fuertes discrepancias. Igualmente puede crear desequilibrio un préstamo o un capital que se han aportado al matrimonio. Puede haber muchas lágrimas y angustias después de las primeras pequeñas discusiones o intercambios de palabras. Se necesita, por lo tanto, tener un cierto talante para allanar las diferencias.

A veces pueden ser cosas tan simples como la voz o un tono de voz que no se ha escuchado antes lo que asusta. Se llegan a ver el uno al otro de pronto e inesperadamente como tozudos, malhumorados, avinagrados o caprichosos. En los tempranos años de la juventud es suficiente a menudo para “terminar” entre los dos. En el matrimonio ya no se puede “terminar” sino que se debe continuar a pesar de la preocupación de cómo va a funcionar.

Lo que hace sin embargo que “eso continúe” y sea lo más importante de la vida son las cualidades que al principio dirigen al hombre y a la mujer hacia el otro. No hay nada como la admiración y el orgullo que cada uno siente por el otro. No hay nada como el ser “visto” por el amado y el poder estar con el otro. A través del otro se encuentra uno mismo cada vez más. Ninguna persona puede completar a uno mismo como el amado. Y sucede que con el tiempo la *soledad* y *el desarraigo* que se vivía tan fuertemente antes del matrimonio quedan casi olvidados por completo.

Que esta unanimidad funcione en el matrimonio es el deber y la *obligación* de los cónyuges. La palabra *deber* y la palabra *obligación* pueden en el contexto sonar frías y formales, pero deberían estar siempre en la conciencia. Significan algo además de la relación sentimental – una forma de “confirmación” de lo bueno que hay en la vida de una persona y que tiene que ver con la familia y los hijos y con la preocupación por el prójimo. El día en que las verdaderas preocupaciones lleguen se estará preparado para los sacrificios y abnegaciones y se podrán resolver las dificultades. Se busca la bondad como una obligación, un *deber*. Los deberes y las obligaciones evitan recaer en el egoísmo.

Las relaciones funcionan cuando se descubre qué es lo bueno para la personalidad y el talento del otro e intentando ser siempre justo. Se deja al otro crecer en libertad según su personalidad y al mismo tiempo se alegra de animar y dar apoyo a las cualidades del esposo o esposa. Al mismo tiempo se sabe que cualquier forma de *abuso* de la bondad del otro es ajeno a la naturaleza del amor.

¿Cuáles son los peligros más serios para las relaciones existentes?

Puede parecer chocante nombrar la palabra “desprecio” como “primer peligro” puesto que es difícil creer que esta palabra, después de todo, pertenezca al contexto del matrimonio. Exige por supuesto una explicación. Se trata naturalmente de un emperamiento gradual con pequeños, casi imperceptibles hechos, que suceden cada vez con más asiduidad. “Desprecio” significa menosprecio de las cualidades de la otra persona que, cuando se ha convertido

en un hecho continuo, entierra cualquier intento de recobrar el enamoramiento y las grandes esperanzas de los primeros días.

Cuando el desprecio lleva a decir palabras duras o condenas, la relación ha llegado a una situación de crisis aguda y necesita medidas fuertes para ayudarla. El primer y mejor consejo que se puede dar es contar en confesión el desprecio incipiente y tratar de entender qué es lo que lo causa y cuál es la propia responsabilidad. En esta amenazante crisis, la confesión no debería ser un fenómeno único para exponer uno su propia decepción y frustración sobre la ofensa vivida, sino que debería apuntar sobre las propias características que han permitido que las relaciones empeoren. No es necesario intentar encontrar un “consejero espiritual” o ir siempre al mismo confesor. Es fácil acudir a alguien que conozca la situación y con el que poder lamentarla. Pero es importante acudir regularmente a la confesión que es el sacramento de la reconciliación donde Cristo mismo nos recibe y nos repara.

Cuando ya uno se ha encontrado consigo mismo y ha entendido de qué manera ha contribuido a la infelicidad que los dos viven, es bueno también buscar ayuda profesional en forma de un consejero familiar que evalúe la situación del matrimonio en una crisis seria. La función del consejero es ayudar a la pareja a ver de manera justa la situación. El menosprecio puede matar al amor, hacerle desaparecer y crear sentimientos de culpa. El “buen consejo” puede salvar el amor.

Quizás empieza esta preocupante situación del matrimonio con condenas categóricas a las opiniones o decisiones del otro, calificándolas como “tontas” o “idiotas” sin un verdadero intento de entender qué quiere el otro y sin querer ayudar. Lo que hace un gran daño es todas esas “condenas precipitadas” y fuertes acusaciones especialmente si se empiezan a escuchar a diario en tono trivial en casa. El esposo o la esposa que implican a otros en su infelicidad y reciben su apoyo acaban pronto en una situación crítica aún más profunda.

La capacidad de adaptarse el uno al otro es una parte de la lucha matrimonial por la seguridad en la relación. Esto empieza ya durante el importante tiempo del noviazgo, cuando los sentimientos son tiernos y reaccionan de forma rápida y espontánea. Los que están enamorados no quieren herir y dar lugar a tensiones o decepciones. Sin embargo lo hacen a menudo pero se dan cuenta de que sufren enormemente cada vez que esto sucede y aprenden por esa razón a adaptarse y a entender y a escuchar más.

Puede ser que las personas que han vivido solas durante mucho tiempo, o sin relaciones cercanas tengan más dificultad a adaptarse y por lo tanto es más fácil para ellos ser categóricos en sus juicios o acusaciones. Cuanto más

profundo es el deseo de amor más motivada está la persona con esta historia de vida a superarse a sí mismo y a aprender a acoplarse.

Por esta razón, pero también por otras, se puede decir que no se debe esperar demasiado tiempo, no más que lo necesario para casarse. Ser joven y vulnerable significa también que todavía se es moldeable. De dos se hará uno, una unidad doble entre dos únicas personas. Por esta misma razón se puede decir que el periodo de noviazgo es el mejor inicio para un largo y fiel matrimonio porque es entonces cuando se descubre con gran sensibilidad qué es lo que influye al amor por el otro y se aprecia la personalidad del otro.

Estos serios peligros que vienen de la sensibilidad de la propia personalidad pueden evitarse con las propias fuerzas – en principio – porque *el amor sana por sí mismo*.

Pero en nuestro estilo de vida moderno y con nuestra forma de vida laboral hay también peligros que están *fuera* de la *capacidad individual* de ayudarse a sí mismo o ayudar al otro – o hacerlo por los niños, si ya hay niños. Estos peligros son *factores de estrés* causados por los cambios que se producen en la familia por accidentes o enfermedades o por cambios en los ingresos económicos o por una capacidad laboral reducida o pérdida del trabajo. Una pareja afectada por tal estrés y que lucha por que todo funcione durante un largo periodo de tiempo no es extraño que sufra de *estrés crónico*, que es una enfermedad psíquica.

Lo importante es que los esposos – quizás la joven pareja – en un estadio temprano discutan los cambios en común y después tomen una decisión conjunta sobre el bien común. Si se ha constatado que han aparecido los serios síntomas del estrés, se debería buscar ayuda, en parte para confirmar la situación y en parte para recibir consejo para su tratamiento.

Un problema normal de principiantes del que se debería tener cuidado es el dedicar más tiempo y esfuerzos a la planificación del propio hogar, con todos los deseos que se puedan tener, que a las relaciones de pareja. Los jóvenes recién casados pueden en su entusiasmo discutir una renovación o compra, préstamo o financiación en tal grado que la relación de amor se agote. Puede pasar incluso que los esposos *enmascaren una inseguridad* en la relación dándole más importancia a lo material y a lo económico. Toda la energía que esto exige la consume de los sentimientos cercanos y dan menos tiempo a la relación humana.

La adaptación de los sentimientos y el tiempo para el acto matrimonial

Lo que ahora se dice sobre la importante cuestión de qué es lo que hace que la relación funcione es válido también para la unión espiritual y corporal entre el hombre y la mujer a través del acto matrimonial. Es muy importante que la pareja tenga consideración de la diferencia de cada uno en la preparación a la unión sexual. También en este caso las experiencias de los primeros encuentros y eventual compromiso y tiempo de noviazgo son importantes para poder adaptarse uno al otro y encontrar el tiempo correcto para la unión completa de los cuerpos. Tanto el hombre como la mujer ansían ser felices juntos y expresar su amor mutuo. Se puede decir de manera simple que es más importante *planear para ser feliz* que tener sexo. Querer solamente tener sexo sin el amor cariñoso no puede ser nunca una expresión sólida de afecto en el más profundo plano personal. Se convierte en un consentimiento al placer sexual y en una satisfacción del placer sexual.

Efectivamente la naturaleza del amor es más profunda que el placer o el ansia de sexo. El amor es darse como un regalo en toda su realidad personal, espiritual, corporal y sexual. Dios ha querido que este acto de regalo recíproco de amor del hombre y la mujer sea en sí mismo el secreto de *la creación de una nueva vida humana*. El significado del amor es por lo tanto experimentar una verdadera felicidad. Este amor humano pertenece solo a una *sola* pareja *unida* en una vida común. Ninguna otra persona en la tierra o en el cielo tiene derecho a interponerse entre ellos. En la más alta expresión del amor puede venir un nuevo ser humano que dirija a la familia más allá a través de la historia. Porque Dios los bendijo y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla” (Gen. 1:28)

Por lo tanto las personas a través del amor entre el hombre y la mujer tienen la tarea divina de tener hijos y, como veremos más tarde, a educarlos como hijos de Dios.

¿Cuántos hijos?

La preparación ante el acto matrimonial y la planificación del número de los hijos que se desean tener en la familia, muestra la madurez y la inteligencia de la pareja casada. La cuestión central para muchas parejas cristianas es justamente la de cuántos hijos son capaces de responsabilizarse. El problema al principio es que no se sabe cómo va a influir el niño en la vida de uno y en sus relaciones sociales. Los padres con un trabajo exigente tanto dentro como fuera de casa se preguntan si la carga de muchos hijos no va a ser demasiado para ellos. Los que

sin embargo aceptan un mayor número de hijos viven cada hijo como una bendición y una riqueza. Los que a pesar de intentarlo no tienen hijos tienen una situación totalmente diferente que aceptar y llevar con paciencia. Los cristianos saben que no *tienen derecho a los hijos* sino que los hijos son un *regalo*. Las parejas sin hijos viven igualmente el sacramento del matrimonio como los que tienen hijos pero pueden pensar de otra manera.

Los hijos son siempre algo bueno y no pueden ser una carga. Sin embargo los hijos exigen que los padres se adapten a ellos y a sus necesidades. Tienen que tener sobretodo tiempo para ellos y tienen que darles una seguridad social y económica. Tiene que haber en la mayoría de los casos, a pesar de que los hijos dan felicidad a los padres, un *límite en el número de hijos* que los padres responsables deben discutir. Cada hijo es una nueva responsabilidad, una nueva historia de vida.

El orden de la creación, la fecundidad de la mujer y la unión matrimonial

El orden de la creación que es dado por Dios es un orden con el que los cristianos viven. El amor determina si se puede decir sí a más hijos o renunciar. Cada acto matrimonial es una posibilidad a una nueva vida humana y en principio se debe estar abierto a esta nueva vida que el amor de los padres en unión mutua engendran en colaboración con el orden de la creación. Si los padres conscientemente excluyen la posibilidad de esta vida en su acto, privan al acto de su significado y su propósito. Hay *una relación entre la unión sexual íntima y la creación de una nueva vida que los esposos no tienen derecho a romper*. La intención del amor está unida a una vida única, a una persona que va a vivir, pensar, buscar y encontrar al mismo Dios que los padres a través de su amor han encontrado y empezado a amar con completa fe en Dios.

¿Cuándo le está permitido, según los planes divinos, a una persona a intentar evitar un nuevo embarazo?

El problema en la presentación de lo llamado “planificación familiar natural” (PFN) es en general que se ofrece como *un método para evitar tener hijos* sin utilizar píldoras anticonceptivas y condón u otros preparados. Las organizaciones de planificación familiar y los terapeutas familiares hablan de buen grado sobre el PFN como uno de los posibles *métodos preventivos*.

Lo que como casado se debería intentar pensar es qué significa *el ritmo natural de la fecundidad* para la mujer, para el hombre y para la familia. En principio hay *un ritmo natural, no siempre predecible*, durante toda la vida

fecunda de la mujer. Cuando el tiempo de la fecundidad comienza su descuento hacia la mitad de la vida, todavía ese ritmo existe aunque cada vez menos reconocible para al final terminarse totalmente. Durante el tiempo en el que no se contempla un nuevo embarazo pero sin embargo se es consciente de que puede haberlo, la pareja quiere a menudo encontrarse en la unión sexual para poder disfrutar de la proximidad del otro y de su amor. Al final ya no se sienten bien intentando unirse y entonces el *tiempo de la unión sexual se acaba para siempre* sin que la pareja eche de menos la intimidad del amor. Solo el recuerdo del acto de unión pervive y la pareja entiende con agradecimiento qué significado ha tenido para la unión personal en el plano espiritual.

Durante el tiempo de fertilidad los ritmos oscilan entre la posibilidad de la concepción de una nueva vida o de la absoluta imposibilidad cuando los días de ovulación no han empezado todavía o ya han pasado. Por parte del hombre este ritmo no existe y por lo tanto las oscilaciones emocionales que son típicas de la mujer tampoco. Ocurre naturalmente que la mujer responde a las atenciones y cercanía del hombre incluso si ella sabe que la fuerte experiencia del acto por su parte va a desaparecer durante muchos de los días infértiles. La mujer puede, sin embargo, aceptar para no decepcionar al marido. En el lenguaje corporal del amor hay mucho que aprender de los dos. Especialmente el hombre debería aprender qué clase de consideraciones aprecia la mujer para mostrarle su ternura de otra manera. De esta manera aparece un *diálogo entre los esposos* que lleva el sello del amor (Humanae Vitae §13)

Este considerado lenguaje corporal se manifiesta como un componente importante en la paternidad responsable. Ambos saben que el acto de unión no debería excluir intencionadamente la concepción. Al mismo tiempo la posibilidad de *una unión sexual durante el periodo infértil* (camino hacia la infertilidad absoluta) puede mantener y profundizar la expresión del amor recíproco entre la pareja. Sin embargo la pareja debe vigilarse a sí misma con cuidado y apreciar su papel como colaborador de Dios en la creación de una nueva vida (“Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla.” Gen. 1:28). El hombre y la mujer son creados sexualmente diferentes para la tarea divina de multiplicarse (“Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” Gen.1:26) y cumplir la voluntad de Dios de dejar al hombre “someter la tierra” Gen. 1:28. Si ahora el hombre y la mujer en el matrimonio cristiano están tan convencidos como puedan estarlo de que la concepción no es posible durante un periodo del mes, pero sin embargo, quieren expresar su amor en el acto sexual, deben tener *una razón para su decisión* que tenga cabida en las normas de la creación. “El hombre no puede romper por propia iniciativa la relación entre el acto unitivo y la procreación” (Humanae Vitae §12). Esta norma en el orden de la creación es la persona como hijo de Dios, creado por la Trinidad para una vida eterna en unión con Dios, obligado a vivir *en obediencia*

a la voluntad de Dios. La persona no debe disponer de esta norma y no puede en conciencia cambiarla o interpretarla subjetivamente. Es por tanto injusto interpretar esta norma de modo que “la seriedad hacia una nueva vida” se acepte como una norma general y no como una norma que tiene validez en cada acto particular de unión sexual en el matrimonio (Familiaris Consortio §34)

Por lo tanto si la pareja cristiana por su amor quiere “utilizar” el periodo infértil durante el mes, no debe ser su intención excluir completamente toda posibilidad de concepción. Ahora bien, si aquellos que tienen buenas y aceptables razones morales han decidido unirse sexualmente en el amor mutuo es éticamente correcto buscar *evitar un nuevo embarazo*, lo que significa que el embarazo se recibe con amor y responsabilidad si, contra todas las expectativas humanas, ocurriera. Esto significa que *la intención en el fondo no es anticonceptiva sino una expresión de amor* y que por lo tanto no se abusa de la sexualidad y la dignidad de los esposos no se ofende.

Razones aceptadas para llevar a cabo el acto matrimonial pero al mismo tiempo intentar evitar un nuevo embarazo son las que tienen que ver con la salud de la esposa o con el estado del vida del esposo o con la supervivencia económica de la familia. Puede haber también razones cívicas o sociales como cuando un país se encuentra en guerra o se ha producido una catástrofe natural. Se puede pensar en una situación en que se ha producido un accidente natural en que las radiaciones radioactivas y cancerígenas puedan afectar a la población. En tal caso, con muchos muertos puede haber razón para traer muchos niños al mundo por el país y por la población, pero al mismo tiempo haber razones para no traer niños al mundo debido a los efectos de la radiación en los embriones humanos. En tales situaciones los casados deben , con la ayuda de la razón y la conciencia, sopesar la función de la unión sexual con la responsabilidad de tener, mantener y educar hijos en conformidad con la norma moral.

¿Qué conocimiento biológico se exige para determinar los días del mes fértiles en la mujer?

El principio es de forma concisa el siguiente: la mucosidad (cuello uterino) de la vagina cambia su característica y señala la ovulación y por lo tanto el tiempo óptimo para la fecundación. Para probar la consistencia de la mucosidad la mujer la toma entre sus dedos índice y pulgar. Al aumentar la distancia entre el índice y el pulgar se puede sentir y ver la mucosidad entre los dedos. El cambio se describe así: *la mucosidad es cada vez más transparente, como alambre y resbaladiza. La cúspide de la fecundidad constata el último de los días fértiles en que la mucosidad es más resbaladiza, más clara y más transparente.*

La mujer ya puede antes del matrimonio aprender sobre la mucosidad y saber que corresponde con los diversos cambios que tienen que ver con la fecundación, cambios de sentimientos, de humor etc. La mujer se hará pronto experta en el sistema de señales de su propio cuerpo y puede decidir el momento adecuado de la unión con su esposo. Al mismo tiempo el hombre aprende a través de su esposa cuál es el mejor momento para ser padre. Después de aproximadamente medio año ambos son expertos en las señales de la fecundación. Para el hombre es más fácil entender los cambios de humor de su esposa u otras manifestaciones dirigidas por la naturaleza.

¿Qué conocimiento biológico se exige para determinar los días del mes infértiles en la mujer?

El principio es el mismo que cuando la mujer busca los signos de sus días más fértiles: la mucosidad (cuello uterino) de la vagina cambia su característica y señala que la ovulación ha pasado y por lo tanto el momento óptimo para la fecundación ha desaparecido. La concepción ya no es posible porque ningún óvulo se desprende de las trompas uterinas. El cambio se describe así: *la mucosidad se vuelve áspera y pegajosa o desaparece de la vagina que se siente seca.*

¿Es difícil vivir el matrimonio teniendo consideración a la naturaleza y a la moral?

Eso depende naturalmente de la personalidad y de lo fuerte que pueda ser la actividad sexual. Puede ser muy difícil, pero no necesita ser igual de difícil durante todo el periodo fértil. Sin duda la pareja debe estar de acuerdo sobre determinados periodos de templanza y obtener experiencia para una ineludible disciplina sexual. Eso no se manifiesta siempre del mismo modo, especialmente después de que haya nacido el hijo. Estos cambios no se pueden conocer de antemano pero ayudan a mostrar templanza. Es también bueno para la relación mutua el que la vida sentimental tome otras formas y que la conversación tenga otros contenidos. El amor es vivir siempre con cambios y matices de todo tipo. La pareja madura a través de sus experiencias y se adapta más fácilmente. Una manera de empezar un ejercicio de templanza puede ser el periodo de cuaresma o de adviento cuando los cristianos de todos modos buscan formas de sacrificarse voluntariamente y quieren hacer penitencia por los pecados de los demás.

Si la pareja también quiere hacer progresos espirituales puede, de manera regular, pedir la gracia de desarrollar las virtudes del alma, especialmente la paciencia y la castidad. Si durante la juventud se siente que la vida matrimonial

pide grandes exigencias, se puede pensar en otra vocación que no sea la vocación al matrimonio, es decir la vida en celibato por el reino del cielo. En nuestro tiempo, sin embargo, está el anhelo por el matrimonio más extendido que nunca y también las personas se casan más que nunca. Por esto es más importante comprender el matrimonio como una llamada de Dios y ver la familia como una imagen de la Trinidad. Es en esta unidad divina entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo donde nosotros encontramos la explicación de la indisolubilidad del matrimonio cristiano.

¿Qué factores tienen importancia en la elección de la vocación?

Si uno tiene dificultad en confirmar su vocación y en poder vivir de forma segura su tarea como esposo y esposa, quizás se pueda escuchar lo que el viejo maestro de iglesia Jerónimo (347-420) escribió una vez. En un escrito de defensa contra un tal Helvidius que en Roma atacó la fe en la permanente virginidad de la Madre de Dios, Jerónimo hace una comparación entre la vida virginal y la vida como hombre y mujer casados. Lo que el maestro escribe muestra que los cristianos tienen un valioso acceso a las virtudes que se administran en el sacramento de la confirmación, especialmente la virtud de la castidad. Los matrimonios cristianos necesitan esta fuerza espiritual, igual que la de la eucaristía, para permitir que el Espíritu Santo los dirija hacia la tarea que Dios les ha dado.

“Y ahora cuando yo pienso poner las bases para una comparación entre virginidad y matrimonio, le pido a mis lectores que no entiendan así, que yo de alguna manera devalué el matrimonio porque enaltezco la virginidad o hago grandes diferencias entre los santos del Antiguo Testamento y los del Nuevo Testamento, es decir, entre aquellos que tenían esposas y los que se mantuvieron lejos del abrazo de las mujeres.

Yo no niego que haya mujeres santas entre las que se han quedado viudas y las que tienen esposos. Pero las hay que ya no son esposas y tales que, incluso dentro de los fuertes lazos del matrimonio, imitan la castidad virginal.. El Apóstol testifica de forma resumida sobre esto y es Cristo quien habla en él cuando dice en 1 Cor 7:34 “La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, mas la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido”. Él nos deja razonar libremente sobre esta cuestión. No ordena que sea una necesidad para nadie ni deja que nadie caiga en la trampa. Pero él os persuade sólo de lo que es adecuado, cuando desea que todas las personas sean como él mismo.

Es verdad que Pablo no tenía ningún precepto de Dios para observar la virginidad porque esta gracia supera el propio poder del hombre y hubiera sido

completamente una desfachatez obligar a las personas a escapar de las exigencias de la naturaleza. Con otras palabras, quiero que vosotros seáis como los ángeles.

Es esta pureza angelical la que garantiza la mayor recompensa de la virginidad y habría podido ser que el apóstol menospreciara el modo de vida que no comporte ninguna obligación. No obstante añade en una inmediata referencia a 1Cor 7:25 “Doy, no obstante, un consejo, como quien, por la misericordia de Dios, es digno de crédito. Por tanto, pienso que es cosa buena, a causa de la necesidad presente, quedarse el hombre así.” (Del escrito *Contra Helvidius*).

Jerónimo se dedica él mismo a servir en retiro “por el reino e los cielos” y se hizo sacerdote y eremita. Pero puesto que él asegura que esta elección de la vida virginal no significa que el matrimonio sea una vocación con menos valor o importancia, los casados pueden descubrir que justamente la castidad les ayuda a recibir el número de hijos que pueden ellos juntos crear que pueden educar y entre los nacimientos de los hijos vivir su amor como personas espirituales según la ley divina y en respecto a las normas morales que la Iglesia tiene la misión de explicar en sus enseñanzas. *Lo que Pablo dice puede también tener gran valor durante los tiempos y circunstancias especialmente difíciles en que no se atreven a pensar en los hijos.* El matrimonio, sin embargo, permanece y se santifica con la gracia auxiliadora de Dios. Los casados pueden dedicarse entonces más a la oración y al amor por sus hermanos en Cristo, precisamente como los no casados.

El Papa Pablo VI escribe a propósito en su encíclica ”*Humanae Vitae* (§25) “A ellos ha confiado el Señor la misión de hacer visibles ante los hombres la santidad y la suavidad de la ley que une el amor mutuo de los esposos con su cooperación al amor de Dios, autor de la vida humana”.

Contenidos

Introducción

¿Qué hacer para que las relaciones funcionen?

¿Cuáles son los peligros más serios en las relaciones existentes?

La adaptación de los sentimientos y el tiempo para el acto matrimonial

¿Cuántos hijos?

El orden de la creación, la fecundidad de la mujer y la unión matrimonial

¿Cuándo le está permitido, según los planes divinos, a una persona intentar evitar un nuevo embarazo?

¿Qué conocimiento biológico se exige para determinar los días del mes fértiles en la mujer?

¿Qué conocimiento biológico se exige para determinar los días del mes infértiles en la mujer?

¿Es difícil vivir el matrimonio teniendo consideración a la naturaleza y a la moral?

¿Qué factores tienen importancia en la elección de la vocación?

Bibliografía

Biblia 2000*

General: Catecismo de la Iglesia Católica

Ética del matrimonio:

Humanae Vitae, Pablo VI, 1968

Familiaris Consortio, Juan Pablo II, 1981

*Biblia de Jerusalén en la traducción

(Traducción al español por María Mellado, julio 2011, Stockholm)